

común acuerdo con cierta descarriada vecina en una diferencia de límites; todo, en fin, concurría a hacernos suponer otro tema que el estupéandamente abordado por él, tan nutrido de conocimientos científicos como de práctica utilidad, jugoso y esmaltado de amenidad y donaire.

Libros cual el del Doctor Restrepo, son bien escasos por estos tiempos de pugilato internacional, de conquistas y de atropellos, que mantienen absorbida la atención de pensadores y políticos, con mengua de los legítimos intereses de la humanidad. Y si, excepcionalmente, alguno que otro abandona esos campos yermos a fuer de traginados para trasegar en las mal abonadas sementeras de las ciencias sociales y económicas, no lo hace por cierto con ánimo edificante, tendiendo a la prosperidad colectiva, conforme un sistema de equidad bien regulado, en proporción al esfuerzo y aptitud particular, sino atropelladamente, entre resplandores sulfurosos, subvertiendo la conciencia destemplada de las clases inferiores para que exijan del capital lo que no debe al sudor de sus frentes haraganas. En este concepto, quizá hasta sería tachada de retrógrada la obra del Doctor Restrepo por los audaces economistas que ha improvisado la hecatombe europea en los espasmos de su definitiva decadencia. Las ideas abruptas de enrojecido comunismo; las teorías enervantes del socialismo católico confiadas sin distinciones a la caridad como única medida reparadora de la arbitraria distribución de la riqueza; ninguno de esos reductos del oportunismo económico guardan *El Moderno Imperialismo* que ha buscado sus argumentaciones en la sólida escuela liberal, bajo la égida de Adam Smith. Las clásicas ideas, incesantemente renovadas por la experiencia, frescas como flores recién abiertas al sol, son las que desglosa el Doctor Restrepo en su libro, amalgamándolas con las que le han sugerido su práctica infatigable y su acuciosidad inteligente y pródiga.

El problema del *libre cambio*, resuelto por la ciencia, pero todavía sin deglutir por nuestras democracias hispano-americanas, es lo primero que preocupa al autor. Sus temores de patriota no se avienen con el *proteccionismo*, sistema económico opuesto al libre cambio, que ha sido y sigue siendo la barrera obstaculizadora del progreso en nuestras incipientes nacionalidades. El poco desarrollo alcanzado hasta ahora en el Continente, de México a Chile, en industrias múltiples, a pesar de la exuberancia de su incomparable naturaleza, no tiene más justificativo que la inveterada práctica del *proteccionismo*. Sólo así se explica lo costoso de la subsistencia en estas latitudes

donde, abolido eso que podemos calificar de vicio, la vida rebosaría magnífica y seductora. Ejemplos palpables de nuestro acerto, y corroboración de las palabras del Doctor Restrepo, los encontramos en todos aquellos pueblos que, impelidos por las poderosas alas del libre cambio, han alcanzado robustas cimas y han sentado indestructibles cimientos de civilización y prosperidad. La República Argentina constituye una muestra de que puede enseñarse la América de Bolívar. Por el contrario, Colombia y Centro América, se agostan ofuscadas por el *proteccionismo* que, empobreciendo al mayor número, sólo enriquece a muy pocos con escarnio del derecho que tienen los pueblos a labrarse su bienestar, así se sacrifique el menor número. Pero culpa no es del pueblo sino de sus directores y preceptores, universitarios y periodistas que dan más campo al sensacionalismo y a la política lugareña, demeritante y mezquina, que a lo que es de bien público y de necesidad, aunque no reporte material e inmediata satisfacción traducible en dinero. Por modo distinto, cada vez que revienta una industria nacional, lo primero que hacen es reclamar a los predispuestos gobiernos ventajas de toda especie: altos aforos en los productos extranjeros que utilice la naciente industria, la concesión de monopolios o cuasi-monopolios, exención de derechos de aduana para los productos de que ha de valerse, en fin, gangas y gollerías sin tasa ni medida. ¡Proteger la industria! ¡alentar la industria! ¡estimular la industria!, son los argumentos; y al rededor de la industria existen dos, tres, cuatro a lo sumo, capitalistas, mientras que fuera de ella está la gran masa popular que va a sufrir el alto y caprichoso precio de los productos nacionales de muy inferior calidad y el rigor cada vez más exagerado de las medidas que el gobierno adopte *pro* la industria nacional. En Costa Rica sucede eso con gran parte de las industrias, curtimiento, alcohol y tantas más. Calzado inferior al extranjero por su manufactura y calidad de los materiales, se cotiza con un porcentaje desproporcionado porque hay que proteger la mano de obra nacional integrada por un reducido número. Lo que decimos cuanto a esto lo hacemos extensivo a todo lo demás.

Insistimos en que el porvenir de los pueblos está en el libre cambio. La emulación es la base de toda prosperidad; y con el libre cambio hay emulación, competencia lícita, precursora de mayor suma de bien para el mayor número, que es en definitiva lo que importa a la vida de los pueblos, haciendo, por ese solo hecho, y bajo otro aspecto, respetable la riqueza, que será

trasunto del esfuerzo bien encaminado a la victoria del trabajo sobre campos de absoluta igualdad. En buena hora que el pueblo trabaje, que ensaye cuantas industrias estime convenientes, si considera que ese es su terreno de actividad; pero que no le pida al Gobierno, con detrimento común, lo que tiene en sus músculos; que no traicione el esfuerzo de los demás pueblos. Las funciones del Gobierno no son las de contribuir al enriquecimiento de determinado núcleo, prevalido de especiales condiciones; crear monopolios, no es su destino; oponerse a la prosperidad colectiva, so capa de fomentar industrias, tampoco. Asegurar la riqueza bien adquirida, como garante de la armonía social, sí; velar porque la propiedad no sea detentada, también; contribuir a la felicidad común, sin distinciones de posiciones ni de clases, desde luego. La constitución y las leyes de la República tienden a ese solo y exclusivo objeto.

Con el libre cambio se armonizan las relaciones de los pueblos, de la misma manera que con la libertad de industrias, precepto constitucional de los países libres, se armonizan las relaciones de los individuos. ¿Qué se diría si se coartara la libertad de tal o cual industria para favorecer a otras dentro del propio territorio? Pues esa misma protesta que arrancarían de los pechos indignados, arranca del pecho de las naciones que no transigen con la rapacidad del *proteccionismo* y forcejan por proscribirlo de la civilización. Las grandes guerras de la humanidad parecen haber sido motivadas por esa inconformidad justificada con los rigores del *proteccionismo*; al menos la última, que llenó de asolación y ruina, está comprobado que no buscaba más que un definitivo desahogo económico regulado por el *librecambio*. Y es de creer que sea cierto. La guerra se resolvió por una explosión casi anárquica de innovaciones económicas, conscientes, unas; arbitrarias, otras; estrambóticas y subversivas, las más. De modo que es posible, después de tan rudas enseñanzas, que antes de resurgir la decrepita Europa, sumerja sus reformas en la Laguna Estigia de la Economía Política, a fin de que provea de basamentos sólidos a su nueva organización social que ya no será seguramente moldeada en la estrechez rutinaria y derrotada del *proteccionismo*.

Al rededor de este tópico trascendental, de cuya solución pende el porvenir de tantos pueblos, vadeado con ocasión de la industria cafetera en Colombia, gira la mayor parte del libro del Doctor Restrepo, quien se pronuncia por supuesto del lado del libre cambio, para el que tiene meritisimos elogios, como frases de oprobio y argumentos